

UNA OPCIÓN HISTORIOGRÁFICA ENTRE LA DUDA Y LA SOSPECHA

A HISTORIOGRAPHIC OPTION BETWEEN THE DOUBT AND THE
SUSPICION

JORGE BRACHO

UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO, VENEZUELA

jorbrac59@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-4633-4247>

Fecha de recepción: 4 agosto 2019

Fecha de aceptación: 25 noviembre 2019

RESUMEN

En el amplio ámbito de la historiografía o de la narrativa histórica, la enseñanza de la historia ocupa un relevante lugar. Esto se debe a su utilidad respecto a la memoria histórica y las representaciones, valores e imágenes en ella impresas, cuyo cometido es el de crear cohesión y permitir la funcionalidad social, lo que no quiere decir que sea inclusiva por sí misma. Las argumentaciones vertidas en las líneas que componen este ensayo tienen como propósito una aproximación conceptual y teórica de lo que en Venezuela se tiene como enseñanza de la historia desde la perspectiva de quienes defienden el denominado socialismo del siglo XXI.

PALABRAS CLAVE: Identidad, memoria, enseñanza, afrodescendencia, olvido.

ABSTRACT

The teaching history has a relevant place into the wide field of the historiography or the history narrative. This is because its usefulness in the historical memory and the representations, its values and images, whose mission is to create cohesion and allow the social functionality. This essay aims an approach to the teaching history in the perspectives of the 21th socialism ideas.

KEY WORDS: Identity, memory, teaching, afro-descendants, forgetfulness.

1. INTRODUCCIÓN

Un primer asunto a destacar en el ámbito historiográfico se relaciona con la representación que de sí mismas las elites políticas se presentan como las llamadas para emprender cambios en la estructura de las sociedades y del Estado. Por ello recurren a un uso muy particular de la memoria histórica en aras de crear nuevos referentes de identificación, cuyo centro nodal de atención se concentra en la recurrencia a símbolos y mitos con los cuales extienden una práctica política. Así, el hilo conductor de las presentes líneas tiene como basamento lo que se ha venido extendiendo, en Venezuela, durante el régimen político instaurado desde 1998. Estudio en el que expondré algunas consideraciones relacionadas con la colección Bicentenario y algunos textos dedicados a la enseñanza de la historia, dentro de una perspectiva en la que intercalo lo en ellos propuesto como historia junto con referencias a estudios extendidos como una historia crítica. En términos generales, se trata de un estudio historiográfico colindante con la historia de las

mentalidades y de las ideologías en combinación con la historia política y social. Tiene un carácter más bien descriptivo, aunque sin dejar de lado una aproximación desde propuestas provenientes del giro lingüístico y de la hermenéutica moderna representada en argumentaciones vertidas, especialmente, por Ricoeur (1995, 2000, 2006) en algunos de sus estudios.

Duda y sospecha tienen que ver con aseveraciones, ideaciones, argumentos desplegados en la colección mencionada, porque tanto en las palabras preliminares dirigida a los docentes como a los alumnos se recomienda desembarazarse de la historia de corte positivista y oficial, con lo que ellas pasan a significar todo lo contrario a lo que se exponga desde una perspectiva distinta a lo que en estos textos se da prominencia. Duda, porque mucha de la información suministrada en ella subvierte lo que en las palabras preliminares se proponen rescatar, es decir, una historia con enlaces discernibles que puedan dar cuenta del presente o situación contemporánea a partir de un ángulo crítico. Asimismo, despiertan dudas y sospecha por intenciones claras de imponer una visión muy particular de la historia eslabonada con un proyecto político cuya cara más visible es la tentación autoritaria y absolutista. Siendo así concita suspicacia que se continúe asociando la democracia sólo con el acto de votación y la cantidad de elecciones que se han realizado después de 1998. De igual modo, lo que despierta fuertes dudas al relacionar lo contemplado en estos textos y los abandonos temáticos que desdican toda historia basada en procesos o sustentada en estudios extendidos con la historia erudita o crítica.

Por otra parte, es necesario hacer referencia a memoria e identidad al considerar el lazo que las emparenta con la historia. Cuando hago referencia a la memoria no es con la intención de asociarla sólo con la memoria memorística, a la que con insistencia una porción importante de profesores de historia enfila sus críticas. Lo que se asocia con esta memorización no se aprecia como utilidad práctica, porque la simple repetición de conceptos no conduce a una historia problematizadora. Ya ha pasado un tiempo cuando en un texto de enseñanza de la historia para estudiantes, de 5° grado de escuela primaria, entre las recomendaciones a los profesores de historia se les recordaba lo inútil de memorizar para el alcance de una cabal comprensión del acontecer, porque "... el conocimiento histórico no se logra a base de repetición de conceptos..." (Siso Martínez y Bartoli, 1966: 16).

Tal como lo evaluó Boorstin (2000) la memoria perdió su atractivo al ser asociada con debilidad para el juicio y el entendimiento en la medida que la retórica, de la que formó parte durante el Antiguo Régimen, fue sustituida por nuevas formas de argumentación teórica y del conocimiento. De hecho, durante el siglo XVIII se argumentó con fuerza su supuesta utilidad para el aprendizaje de nuevas técnicas y el cultivo de la razón. Por ejemplo, Juan Jacobo Rousseau (2006) llegó a asegurar que memoria y razonamiento se desarrollaban simultáneamente. Según su percepción el niño aprehendía imágenes, no ideas porque estas estaban supeditadas a relaciones que él no estaba en capacidad de captar por su edad. Las imágenes son "... pinturas de objetos sensibles..." (Rousseau, 2006: 92). Mientras la aprehensión de estas últimas eran parte de un proceso pasivo, la captación de ideas demandaba del juicio. Por ello criticaba a ductores y preceptores que intentaran

enseñar historia a infantes por medio de la recolección de hechos memorizados, para él lo importante era comprender relaciones de causa efecto.

A partir de lo expresado se puede colegir que la memorización de hechos, nombres, lugares, fechas marcan un espacio de la memoria cuyo carácter es el de la disponibilidad. No se trata de la memoria memorística, sino de información en ella cultivada y pasible de ser activada en cualquier momento o situación. Lo que no quiere decir que quien repita y reduplique, como enseñante, lo contemplado como enseñanza de la historia sea consciente de formar parte de los mecanismos utilizados para activar dicha memoria. La hazaña heroica, activada con la memoria, sirve como una estrategia ejemplarizante y legitimadora de las acciones del presente. Rousseau hablaba desde la perspectiva de la utilidad y de la simple memoria como suma o acumulación. Sin embargo, lo que indicaron sus aseveraciones fue que la instrucción formaba parte de un proceso y no mera acumulación de información. Lo que llamó “juicio” se iría constituyendo con lo ofrecido por el preceptor mientras la memoria grabaría lo significativo.

Además, la memoria resulta básica para el aprendizaje de técnicas, manejo de instrumentos, referentes de identificación, entre otros. La referencia a memorización se vincula con aprendizaje de saberes, destrezas y posibilidades de llevarse a efecto. Ella se manifiesta por el recuerdo del pasado y evocación o presentación en el presente de un recuerdo. No hablo de la memoria como un “arte”, tal cual fue estudiada por la británica Frances Yates (1966) al estudiar las técnicas nemónicas durante el medievo. Hago referencia, desde el ámbito fenomenológico y hermenéutico, a una memoria impresa “... por el sentimiento de facilidad, de espontaneidad, de naturalidad...” (Ricoeur, 2000: 83). Su práctica si llega a ser efectiva, adviene bajo parámetros gnoseológicos, epistemológicos, técnicos y rituales (repetitivos). Sin embargo, como la finalidad de la memoria es el recuerdo y la lucha contra el olvido, ella se puede inclinar hacia el abuso porque se convertiría en obligante y caracterizada por las conmemoraciones, mitos y ritos vinculados con actos fundacionales, asunto tratado por Tzvetan Todorov (2000). Aunque la enseñanza de la historia en los tiempos actuales no se base en la memoria memorística, lo que se va cultivando en ella, a lo largo de la escolarización temprana y extendida con la vida escolar, se presenta por la vía de la recurrencia, la repetición de contenidos y la práctica de instilación. El propósito de esta técnica es contar con imágenes y representaciones, potenciales para ser activadas en cualquier circunstancia, que la forma básica del recuerdo.

La memoria no es historia por sí misma. No obstante, es crucial para la historia y el historiador porque ella se presenta por imágenes y representación del recuerdo. Lo ausente adviene con la imaginación del pasado. Ricoeur (2000) llamó la atención en lo que respecta a la imaginación porque en ella se combinan experiencias personales, lo fantástico, lo irreal, lo utópico, ucronías, también acerca de la memoria como reminiscencia, rememoración o recuerdo pasivo, espontáneo. En este último caso es la recordación individual y recuerdo colectivo, no ajenos a lo labrado en la memoria histórica, lo que caracteriza a la denominada memoria colectiva lo que resulta de una generalidad de coincidencias frente a lo ausente. Es lo que se puede constatar con la imagen de José Antonio Páez, entre los llaneros, y Manuel Piar, entre los guyaneses, a pesar de lo que con el culto bolivariano se ha dilatado.

La memoria histórica aparece acompañada de signos específicos con los que se anclan sus imágenes, ya sean fotos, postales, tarjetas, billetes, monedas, sellos, etc. Éstas se convierten en dispositivos para el olvido (a favor y en contra) en el porvenir. También para sellar la imagen caracterizadora de una comunidad nacional, un grupo étnico, un proyecto político. Por esto preservar la memoria es crucial para las elites políticas que controlan el poder del Estado. Conjuntamente, lo moldeado en la memoria histórica se acompaña con el rito que se manifiesta con un mito orientado hacia la conmemoración. Por su intermedio se presenta el recuerdo de actos fundacionales con los que cristaliza un tipo de ceremonia institucional. Volviendo a Ricoeur (2000), la memoria se llega a expresar con la imaginación, pero para que ella sea efectiva requiere de un contenido factible. Imaginar no es el resultado de acordarse, ...” un recuerdo, a medida que se actualiza, tiende a vivir en una imagen...” (Ricoeur, 2000: 76).

Identidad y memoria se hermanan incluso hasta llegar a ser equivalentes en su uso, porque mucho de lo que la primera implica se relaciona con recuerdos. Por ejemplo, al asociar la identidad con hábitos y costumbres el uso hace aparecer ineludible la equivalencia. Para aproximarnos a lo que identidad pueda implicar se debe recurrir a su uso por parte de quienes apelan a ella, sin llegar a diferenciarla con el uso que se practica de la palabra cultura, por lo que también ella se traslapa con esta última. La misma palabra identidad para establecer características particulares invariables en el tiempo (ya que ella remite a idéntico a sí mismo), no deja de ser dudosa. ¿Cómo puede mantenerse una manifestación cultural inalterada en el tiempo? De igual manera, concita la suspicacia que la memoria histórica se concentre en actos fundacionales sustentados en hazañas militares y bélicas. Otro tanto se refiere a elementos vinculados con la etnicidad y que a lo largo y ancho de la historia y la geografía latinoamericana se ha asimilado con su identidad. Se puede asegurar que un elemento aglutinador para sustentar una especificidad, autenticidad o particularidad regional se ha presentado, al menos, desde finales del siglo XIX con la idea de latinidad y en el XX con las propias de mestizaje, nacionalismo económico y, en los últimos años, con la afrodescendencia como es el caso venezolano y sus elites políticas impulsoras del “socialismo del siglo XXI”.

Si quienes suelen utilizar el término, en equivalencia con las palabras raíz, esencia, unicidad se detuvieran a examinar la especificidad del concepto identidad pudieran constatar que hacen uso de un término incongruente con la realidad que pretenden relacionarla. Máxime, por estar plagado el suceder histórico de nuevas tradiciones que se afianzan con imágenes en la memoria histórica, es lo que evidencian efemérides, conmemoraciones y celebraciones relacionadas con el día del trabajador, día del árbol, la flor y pájaro nacional y tantas otras que rememoran lo que Hobsbawm y Ranger (2002) tuvieron a bien denominar “tradiciones inventadas”. Uno de los usos de ella se refiere a la conciencia histórica de los venezolanos que remite a una carencia de memoria. A lo largo de la historia intelectual venezolana se han suscitado debates alrededor de la identidad nacional, de los que se pudiera restituir los correspondientes a las décadas de los sesenta y ochenta, período durante el cual Venezuela mostraba signos de agotamiento del proyecto político social desplegado desde 1958. Quienes se destacaron en estos debates compartían el marxismo modelado en boga para ese tiempo, del que los autores de los textos de la colección Bicentenario son cesionarios, con lo que no se puede estar convencido que

exhiban un profundo conocimiento de los clásicos de la concepción materialista de la historia.

Desde esta perspectiva quienes se definen de izquierda asumen como axioma: imperialismo – dependencia – subdesarrollo. Axioma a partir del cual analizan la realidad política, social y cultural de Venezuela. Así, se puede leer en uno de estos libros que el “modelo político dependiente” dio origen a la democracia representativa (1958-1998). Sin embargo, la *evolucionada* República Bolivariana de Venezuela presenta como contraste un proyecto nacionalista denominado Proyecto Simón Bolívar (2007-2013), así como un proyecto social, ecológico y socialista (2013-2019) con lo que se garantizará la seguridad y la independencia plenas (Villalba, 2012: 8-9). En el mismo texto, correspondiente a la historia contemporánea de Venezuela, de cuarto año de Educación Media, se asegura que con Antonio Guzmán Blanco se fundó el Estado nacional. Sin embargo, con él se “transculturizó” el país, aduciendo como ejemplo la difusión de nuevos modales de mesa. Para afianzar este convencimiento se pone a la vista el uso del *Manual de urbanidad y buenas maneras* de Manuel Antonio Carreño, de usanza obligatoria en la escuela para 1854, hasta alcanzar un período del siglo XX. Bajo este mismo marco de análisis es preciso agregar, bajo las ideas de duda y suspicacia, que la utilización de la palabra *transculturización* lo hace el autor de este texto sólo para mostrar imposición foránea y aplicación irrestricta de aquel axioma. En ningún caso el uso primigenio del concepto transculturación, de factura latinoamericana, se hizo en este sentido. Villalba hace uso de la palabra como derivación anglosajona y no de la lengua española a la que debe su origen. Surgió como un neologismo propuesto por un discípulo del antropólogo polaco Bronislaw Malinowski en la década del cuarenta durante el siglo XX. Fue un concepto antropológico con el que Fernando Ortiz contrapuso transculturación a los de deculturación y aculturación, con los que se negaban sedimentaciones culturales en la América española.

2. PATRIA, PUEBLOS, REFERENTES

Han transcurrido, aproximadamente, treinta y cinco años cuando el historiador francés, Marc Ferro (1995), inició uno de sus textos, relacionado con la enseñanza de la historia en varios países del mundo, con las siguientes palabras: “no nos engañemos: la imagen que tenemos de otros pueblos, y hasta de nosotros mismos, está asociada con la Historia tal como se nos contó cuando éramos niños. Ella deja su huella en nosotros para toda la existencia...” (P. 9). Se puede asegurar, en consecuencia, que es una modalidad historiográfica que, distanciada de una historia crítica y erudita, pretende por medio de imágenes y representaciones arraigarse en la memoria de los escolares, niños, jóvenes y adolescentes. La característica de mayor prominencia que con ella se despliega se concatena con la nación y, en especial, la patria. La patria porque con ésta es posible extender emotividad y amor filial con la tierra y la rememoración de los muertos, ya que con éstos se revivifica un legado en conjunto con un origen.

La asociación de memoria con identidad se expresa al apelar a los muertos con quienes se exhibe los inicios de la nacionalidad. En territorios postcoloniales, como el caso venezolano entre otros, los inicios de la nación, la patria y el principio de soberanía se vienen ejecutando con la mediación de figuras que ofrendaron su vida para romper el yugo

colonial. Desde los inicios de la república ella se convirtió en hito de experiencia en libertad. Hazañas heroicas, vidas sacrificadas orientadas a lograrla frente a la corona española han quedado como impronta en la memoria histórica y colectiva. Estas forman parte de las vivencias frente a lo ausente y al pasado. Por distintos medios, escritos u orales, se enfatiza el recuerdo de quienes cultivaron la soberanía. Así, al buscar intenciones ocultas en el pensamiento del Libertador, a quien se asocia con Montesquieu y por instilación frente a la presencia foránea se alcanza a asentir que "... no hay nada mejor que vivir en libertad." ((Diamon Oropeza, Rivero Infante, Rodríguez Henríquez, 2012: 170). Disposición dirigida a ponderar la libertad actual, lograda con la elección de 1998, la que además permite pensar los textos de la colección Bicentenario como *teoría para la acción*. Eslabonada con esta idea de libertad lograda, aparece como axiomático principio su defensa. "En el presente nuestra Venezuela es un país libre. Si otra nación quisiera someterla, encontraría un ejército de hombres y mujeres dispuestos a dar todo por la libertad de la patria. Incluso nosotros, los civiles, debemos defender la independencia." (P. 170).

Quienes han experimentado años de escolaridad pueden dar fe de lo que en su memoria se encuentra disponible, cuya manifestación sucede según requerimientos y necesidades de historia por parte de aquellos que hacen uso de ella en aras de obtener legitimidad. No obstante, las maneras de representar ese pasado son posible también por medio de las industrias culturales, obras teatrales, dramatizaciones, novelas y musicales, de ahí las disputas por controlarlas desde las esferas de poder, porque la memoria histórica es crucial para la configuración de nuevos referentes de identificación. Por eso la insistencia por controlar archivos, bibliotecas, impresión de libros, revistas y periódicos o su supresión si no son idóneos para las representaciones otras que se intentan imponer. Igualmente, una forma de restituir una ausencia heroica se establece con desfiles militares, ofrendas florales, misas, conmemoraciones o celebraciones. Así que, se pueden recordar las efemérides, ritos y mitos relacionados con las fechas patrias y otras estructuraciones con las que se enlaza y justifica acciones políticas recientes, en conjunto con instituciones culturales como el caso del Ministerio de la Cultura, antes CONAC, establecido en 2005 y la Misión Cultura y la editorial el perro y la rana, creadas en 2006. En ellas está presente la inauguración y la renovación de un tiempo otro, aunque puedan insistir que el tiempo histórico es "recurrente" tal como se señala, con reiteración, en uno de los textos de la colección Bicentenario cuyo autor es Federico Villalba (2012). Pero se debe tener en consideración que para que el tiempo inicial o genésico tenga validez deba presentarse como un eslabón transicional del presente que se busca justificar.

Históricamente, los movimientos políticos centrados en la idea moderna de revolución han buscado con afán desmedido la fase, período o momento fundacional. Ello juega un papel concluyente en lo que a legitimidad implica. La revolución como nuevo orden de cosas se exteriorizó con la Independencia de las trece colonias del norte (Arendt, 1998). Fueron los Padres Fundadores quienes dieron vuelco a la idea copernicana de revolución, cuya primigenia connotación política estuvo centrada en la reposición de la soberanía regia como virtud y originaria en lo que durante el siglo XVIII se denominó pueblo. Un nuevo ideario se fue delineando en las mentalidades del dieciocho, sustentado en la búsqueda de una nueva autoridad respaldada con la noción de pueblo. Concepto

político que ha derivado en diversas interpretaciones a lo largo de la historia (Pernaleté Túa, 2011: 57-93). Ejemplo del cual se puede precisar en los escritos decimonónicos de los venezolanos Miguel José Sanz (1810) y Cecilio Acosta (1982).

Sin embargo, la palabra no deja de ser elusiva cuando se la utiliza en combinación con el cálculo y el control del futuro, propio de las tentativas revolucionarias y su concomitante idea de aceleración del tiempo. Por lo general, su manejo escapa de un grupo discernible en lo atinente a la dimensión social, porque es un concepto que entraña un lugar social y un lugar geográfico. Asunto cuyo discernimiento resultó de los debates en tiempos de Independencia, a propósito de las discusiones alrededor de la soberanía y su representación en el Congreso. Por otro lado, lo que la palabra pueblo guarda como significado, entre quienes se definen a sí mismos como izquierdistas, es decir, de “ideas progresistas y avanzadas”, se combina con los sectores sociales más deprimidos y depauperados. Quienes apelan a los conceptos de izquierda – derecha desde la esfera política, y marco diferenciador, no lo aplican según lo estudiado por Bobbio (1995), es decir, conceptos espaciales y no conceptos ontológicos, sin contenido determinado, específico y constante en el tiempo (P. 131). Más bien justifican su utilización apelando a los Estados Generales durante la Revolución Francesa, al ocupar el lugar de la izquierda los representantes del *Tercer Estado*, mientras los correspondientes al Régimen Anterior o Antiguo Régimen ocuparon el derecho. Lo que quiere decir, entonces que izquierda estuvo fuertemente asociado con la burguesía, ideación obviada desde la perspectiva de los autores de esta colección. Con que es dable asegurar el talante ideológico del concepto y que para quienes lo utilizan no parece ser asociado con esta disposición.

En uno de los textos de la colección Bicentenario, referido a la historia del mundo se hace alusión a lo que “izquierdismo” evoca entre los autores, en especial para mostrar su importancia entre quienes tienen en sus manos las políticas de Estado en Venezuela actualmente. Así, se lee, en concordancia con lo indicado acerca de la situación en Francia de finales del siglo XVIII: “... De ahí viene que todavía a la gente de ideas avanzadas y revolucionarias se les califique de izquierda y se les llame izquierdistas. Los nobles conservadores se sentaban a la derecha: derechistas” (Bracho Arcila, Ortega y Hurtado, 2012: 165). Ideación que se asimila, en todos los textos dedicados a la enseñanza de la historia, con la palabra pueblo.

En este orden de ideas, no deja de despertar suspicacia y perplejidad lo argumentado alrededor de lo que se expone como historia para niños y adolescentes. Es el caso de ofrecer concepciones sin antes advertir que palabras, vocablos, términos, conceptos guardan estrecha relación con contextos que les dan vigor. De lo contrario se deja traslucir modernismo, arcaísmo y presentismo historiográfico para sólo hablar bajo parámetros científicos. No obstante, por la manera como se desarrollan cada uno de los temas no queda más que pensar en un manejo de la historia orientado a normalizar y naturalizar un proceso político que se ha caracterizado por mostrar y mostrarse inédito y sin parangón en la historia. El despliegue de una nomenclatura otra sirve de ejemplo, desde hablar en unos inicios de Tercera Vía, Revolución Bonita hasta alcanzar hoy el de Socialismo del siglo XXI, demuestran cómo se hace uso (o abuso) de la historia con fines políticos y que los textos de enseñanza de la historia se suman a otros dispositivos con el mismo propósito.

En lo referente a la noción de pueblo ninguno de los textos, especialmente los dedicados a la historia, atiende al significado histórico del que ha sido objeto. En cambio, en uno contextualizado en el área de la geografía del mundo se ofrece una definición para contrastarla con la propia de comunidad y de nación. Se lee en ella lo siguiente:

La definición de pueblo (del latín *populum*) es variada, según distintos puntos de vista. Si se hace un resumen de ellos, se puede considerar como pueblo a todo grupo de personas que constituye una comunidad, porque dicho grupo utiliza un mismo territorio y comparte una cultura (creencias religiosas y de otro tipo, costumbres, objetos creados por un pueblo o los adoptados por otros, etc.), lo que crea una solidaridad social muy fuerte. Todo pueblo tiene derecho a ejercer su plena soberanía (Gargano, García y Socorro, 2012: 8).

A partir de lo expuesto se puede confirmar que lo contemplado como historia o ciencia social (porque la geografía se asume como ciencia social o ciencia de síntesis, según lo que los autores denominan enfoque geohistórico) sería la “garantía” de memoria o de la identidad, la independencia, la soberanía. En referencia con esta última es que la elite política que se apoderó del poder estatal luego de 1998 ha afianzado su legitimación ante el *pueblo*. *Pueblo* al que se lisonjea con el reconocimiento de “pueblo valiente, aguerrido, igualitario y amoroso” en un contexto de feroz crisis social, política, económica y, especialmente, ética provocada por parte de quienes se asumen ungidos para conquistar el futuro y la transformación revolucionaria del siglo XXI dentro y fuera de Venezuela. De igual modo, resulta necesario agregar que el concepto de pueblo que se ofrece se encuentra muy marcado por una concepción orgánica de las identidades y según la cual el contexto territorial determina automáticamente las identificaciones culturales. Lo que resulta difícil de comprobar, porque una persona habitante de un territorio se puede identificar con otro que vive a miles de kilómetros de distancia bajo el influjo de la mundialización cultural y los mensajes provenientes de las industrias culturales.

Por otro lado, memoria e identidad se hermanan en aras de alcanzar propósitos identitarios a la vez que proporcionan un sentido a la vida en sociedad. Ellas aparecen como marco referencial ineludible puesto que sin él la vida carece de sentido espiritual. “... Por eso la búsqueda es siempre la búsqueda de sentido” (Taylor, 1996: 32). La memoria histórica es trascendental para la creación de referentes de identificación, por tanto, de sentido vital, y con las que se otorga sentido a las prácticas políticas y culturales contemporáneas. La memoria por sí misma no es historia, aunque la elite política venezolana no ha dejado de insistir en esta disposición. Constatación que se evidencia no sólo con el nombre adjudicado a una revista de contenido histórico político, *Memorias de Venezuela*, editada por el Centro Nacional de Historia y la mira, fallida por carecer de fundamentos epistemológicos claros, aunque el plan se halla en estado de latencia, de sustituir en el currículo escolar el área de Ciencias Sociales, historia, geografía y formación ciudadana, por memoria, territorio y ciudadanía. Para el actual período lectivo (llamado ahora momentos 1, 2 y 3) se dejó geografía, historia, ciudadanía con lo que se pretende dar la idea de integración del conocimiento.

3. EL HITO FUNDACIONAL Y SUS CONEXIONES

La fundación como acontecimiento inédito, en el seno de la dimensión política, tuvo su origen en el mundo greco romano durante la Antigüedad. Hannah Arendt (1996) señaló que, para los romanos, en especial para sus gobernantes, la fundación de una institución política fue convertida en una práctica angular, decisiva e irrepetible, un acontecimiento único. En consecuencia, la actividad política y religiosa, en los comienzos de la civilización romana, se pueden considerar casi idénticas. Entre los romanos religión tuvo como significado *re – ligare*, “... volver a ser atado, obligado por el enorme y casi sobrehumano, y por consiguiente casi legendario, esfuerzo de poner los cimientos de colocar la piedra fundamental. De fundar para la eternidad. Ser religioso significa estar unido al pasado...” (Arendt, 1996: 132). La misma autora subrayó que en todo gobierno autoritario, “... la fuente de autoridad siempre es una fuerza externa y superior a su propio poder...” (P.107), puesto que desde un impulso exterior emana su poder. Es de esta manera que pudieran leerse las trilogías con las que se enlazan las imágenes tanto de Chávez como de Maduro con un *más allá*, con el que se ofertan como seres investidos por la historia y emanación de ella. Así, aparecen legitimados por una historia acoplada con Bolívar, Cristo y Zamora, en el caso del primero, y Bolívar, Zamora y Chávez, para el segundo. Máxime, porque con el fallecimiento de Chávez se ha creado alrededor de su figura un halo de inmortalidad con la idea de “comandante eterno” que sirve de conexión emocional y narrativa mítica fuera de toda temporalidad mundana.

Posiblemente, una de las mayores estructuraciones formalizadas con las revoluciones modernas sea la de su asociación con hechos inéditos, con los que se pretende trascender toda realización del pasado. Por tanto, las elites políticas se precian y legitiman con una nueva fundación política. Por ello en Venezuela la nueva elite política no sólo se ha cobijado en una organización política denominada Movimiento Quinta República (MVR) con el que se difundió y convenció la imagen en atingencia con un nuevo u otro comienzo. A la par, luego del triunfo de Chávez, en diciembre de 1998, se convocó a una asamblea constituyente refrendada en 1999, con un referéndum consultivo para su aprobación definitiva. La constitución que surgió en este período ha servido para labrar en la memoria histórica la fundación de una nueva república, acompañada con el lema “Venezuela cambió para siempre”. La vinculación con la eternidad (o el haber alcanzado el futuro anhelado por la mayoría) se ha asimilado con las ideas en torno del ofrecimiento de libertad, soberanía e independencia plenas. Con certeza se puede aseverar que con el chavismo se comenzó a imponer una visión otra de la historia, lo que se constata con lo que una estudiosa de estos asuntos ha denominado “la guerra de la memoria” (Langue, 2012).

Como coartada de extender una historia con la que fortalecer la conciencia social y política de los venezolanos, se creó por decreto presidencial el Centro Nacional de Historia (2007), cuyo órgano de difusión, como ya lo he mencionado, lleva por nombre *Memorias de Venezuela* y con las que se muestra la intención de cambiar y crear nuevos referentes de identificación nacional, mediada por un proyecto político. Junto con ello, para julio de 2010, se estableció una comisión para investigar las “verdaderas” causas que ocasionaron la muerte de Simón Bolívar, llevando así al paroxismo el culto bolivariano. La exhumación de su cadáver estuvo rodeada por una inusual discusión centrada en si él había sido víctima de

un asesinato o si había muerto de tisis tal como había quedado asentado en su acta de defunción. Si cabe una consideración, en este orden de ideas, fue la de señalar a las *oligarquías* colombiana y venezolana del pregonado asesinato del Libertador. Exhumación con la que más bien lo que se llevó a cabo fue un cambio de su rostro y hacerle parecer con una semblanza diferente a la que el mismo Libertador reconoció y aceptó como propia.

En este sentido, dentro de la memoria colectiva de los habitantes de un pueblo cercano a Caracas que lleva por nombre Capaya, en el estado fronterizo correspondiente al este de Caracas llamado Miranda, se tiene como lugar de nacimiento de Bolívar. Históricamente, ha sido más bien una creencia de los pobladores de este espacio local. Pocos académicos, relacionados con la ciencia histórica, han atendido a estudiar este asunto porque la veracidad de esta información es de difícil corroboración por la carencia de fuentes de información fidedignas. Es una creencia resguardada con la tradición oral, así como una suposición que, hasta donde mi conocimiento alcanza, los libros de texto no habían tomado en consideración. Sin embargo, en el libro *Bolívar: tiempo y vigencia del hombre de las dificultades* se dedican algunas líneas a este tópico y con el que ofrecen la disposición de distanciamiento de lo que llaman “historia oficial” y, al menos, reconocen que es una creencia popular. Sin embargo, resulta sintomático y suspicaz el cambio del semblante de Bolívar y el enaltecimiento de la imagen de afrodescendencia como tipicidad y autenticidad venezolanas, generalizada en la mayoría de los textos dedicados a la enseñanza de la historia correspondiente a la colección Bicentenario.

A partir de lo expresado, resulta necesario la interrogación: ¿de dónde parte este reconocimiento relacionado con un espacio geográfico que rememora la negritud a lo largo de la historia venezolana, incluso desde tiempos coloniales? Pues, que los progenitores del Libertador poseían una hacienda de cacao en los valles de Capaya. “... Es por esta razón que los habitantes del pueblo conservan los relatos sobre la familia y del propio Simón, que ha arraigado un sentimiento de gran admiración tratando de cambiar la historia oficial sobre el nacimiento del Libertador” (Diamon Oropeza, Maldonado Oropeza, Rivero Infante, Rodríguez Henríquez, 2012: 20). Independientemente de ser una creencia popular y de tradición oral la alcaldía del municipio Acevedo, al que está adscrito Capaya, fue decretado “... como el lugar simbólico del nacimiento de Bolívar, es por esto que los pobladores celebran el natalicio del Libertador todos los años” (Diamon Oropeza, Maldonado Oropeza, Rivero Infante, Rodríguez Henríquez, 2012: 21). Asunto de prominente importancia por la nada soterrada inclinación de privilegiar a lo calificado como afrodescendiente en la conformación de nuevos referentes de identificación cultural y la asociación de un concepto de textura anglosajona con la negritud y no la universalidad implícita en la noción *africano* en la que están presentes los habitantes originarios de la civilización árabe, a la que, por cierto, Bolívar ponderó al hacer un balance acerca de las particularidades étnicas de la América española y de la misma España, tal cual se puede constatar en su alocución de 1819 en Angostura.

Aunque se reconoce lo que tradicionalmente en los textos escolares se denomina aporte indígena a la cultura de Venezuela, así como el propio de españoles y africanos, la palabra mestizaje no es de buen gusto para los autores de los textos de la colección Bicentenario. Prefieren la denominación afrodescendiente con inclinación hacia un uso

como sustantivo y no adjetivo. Por lo exhibido en las ideas desarrolladas en los textos, o la mayoría de estos dedicados a la historia, se puede concluir que el uso de *afrodescendiente* se extiende bajo una mirada orgánica, esencialista y sustantiva y no mero uso de un término para caracterizar a una colectividad humana. Porque si el uso tiene como propósito mostrar que la humanidad tuvo su asiento primigenio en la parte oriental del África negra ello, por supuesto no generaría dudas. Desde esta perspectiva, los *camaradas* y *compatriotas* de izquierda, partidarios del “socialismo del siglo XXI” se han inclinado a reduplicar un concepto anglosajón, sin dejar de lado connotaciones propias del lugar de origen y atributos que lo delinearán y de preferencia puritana (¿será por eso la preferencia?). En vez del histórico concepto antropológico de mestizaje prefieren el de misceginación y amalgama de grupos étnicos. Quizá la respuesta de esta preferencia sea por la presencia ibérica y la supuesta exclusión africana expuesta en la misma colección.

No podemos decir que somos blancos, negros o indígenas porque existimos gracias al resultado del intercambio étnico y cultural de los tres grupos. Los españoles utilizaron el término mestizaje para referirse a los mestizos (unión de blancos e indígenas), pero excluyeron el aporte cultural africano (Diamon Oropeza, Maldonado Oropeza, Rivero Infante, Rodríguez Henríquez, 2012: 32).

Resulta curioso y perplejo que no aparezca de modo ostensible que esta primaria designación étnica, para hacer referencia a una mixtura no bien vista por los ibéricos, se relacionó con las iniciales coyundas entre habitantes originarios e invasores. Es usual en estos textos de la colección Bicentenario extraer las palabras de su contexto y las condiciones históricas que las nutrieron. Lo que da a entender que son textos alejados de toda reflexión crítica, porque todo viene dado por instilación o una terapéutica sujeta a la *neurosis de abandono*, concepto a partir del cual Frantz Fanon (2009), en 1959, intentó explicar la experiencia del colonizado, desterrado de su lugar de origen y espacio vital primitivo, al propender, su actitud y acciones, hacia la angustia por abandono originario expresado en resentimiento, agresividad y nostalgia al querer corregir el pasado con acciones retribuidoras imaginarias en el presente. No se trata de negar las razones para llevar a cabo una crítica de vejaciones y maltratos perpetrados en nombre de una civilización, la de los ibéricos, y una creencia religiosa vinculada con la idea de civilización desde la perspectiva del colonizador. Se trata de reubicar acontecimientos, situaciones, procesos históricos en su dimensión temporal y conceptual. Bajo estos mismos principios se intenta convencer con la idea según la cual quienes se dedicaban a la trata de esclavos y al sistema que dio origen a la esclavitud se extendió por lo que hoy se califica como racista. A menos que *racismo* tenga como significado un modo de producción es comprensible entonces que, “... quienes basados en el racismo, convirtieron a estos hombres y mujeres libres en esclavizadas – esclavizados...” (Bermúdez Sculpi y Frías Durán, 2012: 79). Aseveración a partir de la cual se deja a un lado, en un texto dedicado a la enseñanza de la historia y la ciudadanía otra, aunque considerada de menor valía en textos que privilegian el reconocimiento étnico y social, al aseverar que la esclavitud, por ejemplo, tuvo como basamento sólo lo fenotípico. Cuando las consideraciones acerca de deberes y obligaciones, porque tenía que ver con tributos particularmente, fueron las bases a partir de las cuales se diferenciaron administrativamente los sectores sociales en espacial durante el siglo XX.

En lo que respecta a la exclusión que se alude de los afrodescendientes, si bien las autoridades coloniales utilizaron en un principio la palabra mestizo para hacer referencia a una primera combinación étnica, hicieron lo propio con la respectiva de ibéricos y africanos asignándole el nombre de mulatos. Sin embargo, para el siglo XVII cuando se puede hablar de una realidad americana cuya característica fundamental era precisamente la combinación étnica, ya en ella se había extendido un nuevo tipo humano plagado de mixtura. Ya para el siglo XVIII, bajo el influjo del reformismo borbónico, se creó toda una categorización étnica en virtud de la diversidad de coyundas que se habían extendido en la hoy denominada Latinoamérica. Igualmente, para el siglo XVIII se habían establecido otras nomenclaturas, aunque mestizo y mulato no dejaron de utilizarse, como propósito tributario y diferenciador entre los peninsulares de la corona española. Desde esta perspectiva no resulta desatinado recordar que en la constitución del *once* se preservó la denominación *indio* y se proscribió el uso de negro, mulato y otros derivados de lo que los autores prefieren llamar afrodescendientes.

Lo que concita a considerar otro aspecto, pero del mismo tenor en el que la trata de esclavos sólo se adjudica a los españoles y no a ingleses, holandeses, portugueses, turcos o árabes tal cual estudios críticos lo corroboran (Cáceres, 2001). De ahí la duda y la aprensión de si los textos de la colección Bicentenario contribuyen a la enseñanza de la historia o, más bien, expresan anhelos de reconocimiento de quien se aprecia a sí mismo como excluido por su fenotipo. No obstante, la negación y exclusión del otro aparecen como un subterfugio que va más allá de incluir al históricamente excluido. Las elites intelectuales afiliadas a una fracción política expresan y se expresan en consonancia con las elites políticas. Sin denostar ni profundizar las percepciones de Bolívar frente al descendiente africano de su época, al hacer referencia a una de sus comunicaciones desde Jamaica, en 1815, a una de las ideas relacionadas con que los americanos no eran ni indios ni españoles sino una especie media entre ambos, las autoras de uno de los textos suman la siguiente frase: "... A esta expresión podemos agregarle nuestro origen afrodescendiente" (Diamon Oropeza, Maldonado Oropeza, Rivero Infante, Rodríguez Henríquez, 2012: 171).

Esta agregación no resulta muy congruente con argumentaciones de otros textos dedicados a la ciudadanía por parte del Libertador. A un lector avisado le podría venir a la memoria una de las aseveraciones de Bolívar, respecto a las particularidades de los habitantes de la América española que a él le correspondió vivir. Para 1819 indicó:

... Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de África y de América, que una emanación de la Europa; pues hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter... (Bolívar, 1982: 112).

A la prominencia del afrodescendiente se agregan otras ponderaciones concentradas en la mujer, el indígena como un actor que preserva el medio ambiente y el español destructor del mismo, españoles y estadounidenses perpetradores de injerencias y propiciadores de la dependencia. Así, aparece una visión idílica de la mujer africana cuando se la proyecta como defensora de la familia, costumbres y hábitos hoy tenidos como propios de la identidad cultural.

De ahí la importancia de entender el papel de las **mujeres africanas y afrodescendientes** como el medio para la conservación de las **raíces culturales materiales e inmateriales de la madre África, lo cual permitió la difusión de los valores y conocimientos ancestrales** entre los diversos grupos sociales... (Bermúdez Sculpi y Frías Durán, 2012: 87. Negritas en el original).

Lo que contrasta con la percepción que se difunde en textos críticos y de análisis documental cuando se llega a argumentar que el africano y su descendencia ocupaban el último lugar en la escala social. Disposición que se reafirma al comparar la legislación respecto al indígena y el trato hacia el esclavo africano, con lo que se intenta destacar que el africano era el “más explotado”. “... Los indígenas encomendados o no tenían alguna protección derivada de leyes de Indias, pero los esclavizados no tenían derecho ni siquiera a su libertad personal...” (Bracho Arcila, Ortega, Hurtado y Frías, 2012: 106). Es necesario agregar que este tipo de comparaciones no resultan válidas al momento de demostrar su veracidad. Sin ánimos de parecer normativo debe ser agregado que la conformación general de los distintos grupos sociales durante la colonia se presentó por dos vías. Una, por la posición relativa en las organizaciones creadas por los españoles y, otra, por el fenotipo desde la perspectiva del español. Si se atiende a “los mundos” (el español y el indio) construidos por los españoles en América, los provenientes de España y los esclavizados africanos constituían el mundo hispano y los indígenas el mundo indio. En el orden jerárquico construido por los ibéricos, la cúspide la constituían ellos, mientras el principio para clasificar a los otros grupos era el grado de semejanza con los españoles.

El estatus relativo de los dos grupos no hispanos era más equívoco. Los negros estaban más cerca de los españoles y actuaban más a su estilo, por lo que se situaban, en un sentido sociocultural, más altos en la escala de valores, mientras que los indios, más parecidos a los españoles, tenían la ventaja del fenotipo; además la mayoría de los negros eran esclavos y la mayoría de los indios no lo eran, lo que daba a estos últimos una ventaja en cuanto al estatus legal. Sin embargo, en la relación directa entre negros e indios, normalmente eran éstos los subordinados (Lockhart y Schwartz, 1992: 126).

Aspecto este de gran valía para una aproximación al funcionamiento de la sociedad colonial y que ayudaría a entender ¿por qué los levantamientos de negros contaron con el manejo de armas y, además, explicar por qué hubo una revolución de Independencia en el Caribe protagonizada por negros esclavos? Pero entre los redactores de los textos acá considerados les parece de mayor importancia que el joven de hoy, se familiarice con la *carimba* y el maltrato de “nuestros” verdaderos ancestros. Curas doctrineros, exploradores, naturalistas y viajeros que recorrieron la América hispana, entre el siglo XVIII e inicios del XIX, dieron cuenta de maltratos provocados por capataces negros contra indígenas y del temor que sentían hacia ellos los propios amos por su capacidad de resistencia y su destreza en el manejo de armas, entre los que podríamos mencionar a Gumilla (1993), Frazier (1982) y Humboldt (1941). Si no se reseñan no parecen existir situaciones acaecidas en la historia. Por lo general, los redactores le otorgan mayor importancia al trato recibido por los esclavizados, de ahí que una de las interrogantes que aparece como de gran importancia sea

responder: “¿cómo te sentirías si un amigo, familiar o vecino le sucede algo así?”, en referencia al marcaje denominado carimba y al propio sometimiento esclavo.

En lo atinente a la memoria histórica la misma se ha nutrido con otras figuras, grabadas en la memoria colectiva, cuya relación se concatena con el héroe de extracción popular y la guerra denominada popular. Es el caso de la guerra federal emblemática para quienes se definen de izquierda. Y lo es por dos vías convergentes. Una, por girar en torno a la propiedad territorial y el latifundismo. Otra, por la participación campesina en ella. Es en ésta que la figura de Ezequiel Zamora aparece de manera descollante como el “general de los hombres libres”, cuyo asesinato no está del todo claro de sus perpetradores pero que entre la elite política chavista señalan a Juan Crisóstomo Falcón y al “ilustre americano” Antonio Guzmán Blanco. A su vez la misma figura ha servido de bastión para enfrentarla a la representación historiográfica de José Antonio Páez y para adecuarla a la percepción, de catadura positivista y evolucionista, del conflicto histórico entre una oligarquía conservadora y una liberal esta última asociada con grupos de extracción popular donde la imagen de Zamora se destaca.

En este orden de ideas, vale la pena traer a colación lo que se ha esbozado acerca de la guerra federal o guerra larga, cuya denominación preferida entre quienes se asumen marxistas y de izquierda es Revolución federal. El enfoque preferido y privilegiado, por parte de estos últimos, es que ella alcanzó su completud, pero dejó sembrada en el pueblo venezolano la disposición igualitaria. Por donde quiera que se vea, esta argumentación se aplica con la idea según la cual la historia es recurrente, no cíclica, pero se repite porque se debe alcanzar un punto inicial a partir del cual completar lo que otros (“patriotas, nacionalistas, revolucionarios, bolivarianos”) les fue impedido por la oligarquía. Historiográficamente, es sintomático confirmarse toda una vertiente que reclama para sí el de ser historiador crítico, que se pudiera contextualizar genealógicamente al menos durante el siglo XX con los escritos de Carlos Irazábal (1974, 1979), Federico Brito Figueroa (1981) y Jacinto Pérez Arcay (1977), así como los más recientes aspirantes asociados con el Centro Nacional de Historia y el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

Los libros de texto correspondientes a la colección Bicentenario, necesariamente deben contextualizarse en los propósitos, nada sutiles, orientados a no sólo establecer nuevos referentes de identificación sino a la sustitución de una historia por otra, cuyo cometido es el de crear la sensación de inauguración, inicio, fundación. Ya un analista de la esfera política venezolana se dedicó a conceptualizar que el movimiento chavista se encaminó por la vía de la ruptura, con el bipartidismo representado en AD y COPEI y el afianzamiento de un liderazgo plebiscitario. La estrategia escogida para ambas disposiciones ha sido un rechazo del pasado, el reconocimiento de un liderazgo popular mesiánico y una autoridad pacíficamente revolucionaria, con lo que han buscado legitimar “una revolución pacífica pero armada”, lema de gran preferencia en boca de Chávez, aunque de menor uso por parte del presidente actual (Ramos Jiménez, 2009: 73-117).

Ramos Jiménez (2009) ofrece como ejemplo el proceso constituyente y la elaboración de una nueva constitución, con lo que presenta una perspectiva desplegada desde el chavismo como encarnación de un tiempo otro, inédito, incomparable. En este orden de ideas en los libros de la colección Bicentenario, no sólo se remite al joven

educando a comparar el período 1958 – 1998 y los alcances de la constitución bolivariana de la república de Venezuela, también se hace uso del vocablo *evolución* para hacer referencia a la fundación de la república bolivariana de Venezuela, tal como fue bautizado el territorio nacional con la nueva constitución de 1999. No deja de ser tentador traer a colación lo que Giovanni Sartori (2008) desarrolló respecto al constitucionalismo moderno y la era constitucional extendida en Occidente durante el siglo XVIII. Etapa caracterizada por la creación de fórmulas, como las constituciones, para limitar el poder arbitrario de los gobernantes. Así, formuló algunas ideas relacionadas con la clasificación de las constituciones bajo la denominación de nominales o de fachada que, por la reciente experiencia política venezolana, pudiera ser la calificación de la aprobada en 1999 por su asociación con normas para la felicidad, independencia, soberanía, igualdad y libertad plenas. Además, por presentar los textos que analizo a esta carta constitucional como hilo conductor con el cual se intenta desplegar la sensación de novedad.

Sartori (2008) afirmó que las constitucionales nominales y, en especial las constituciones – fachada se caracterizan porque educan o pueden educar. Práctica que es la que muestran quienes fungen como autores de los textos de ciencias sociales de la colección Bicentenario, porque dan por sentado que en ella se contemplan principios que con anterioridad eran negados o inexistentes. Además, en ella se contempla la propiedad estatal como “Propiedad del pueblo” (Villalba, 2012: 19). De igual manera, se presenta una fuerte inclinación a divulgar esta constitución como parte del ideario bolivariano. Por esto resulta importante recordar lo sostenido por Sartori (2008) cuando afirma: “... Una constitución puede contener afirmaciones de intención, de ‘aspiración’; pero si estas aspiraciones se afirman para engañar y son sistemáticamente violadas, se me escapa qué educación puede derivarse de éstas” (P. 23).

4. CIERRE: LO QUE SE DICE Y DEJA DE DECIR

No debe sorprender que, ni al menos avisado historiográficamente, junto con procesos políticos que buscan la hegemonía se acompañan de imágenes y representaciones con las que logran consentimiento, al mostrarse, quienes los encabezan, actores ungidos para el cambio. Igualmente, se hace uso de lo sobrenatural, símbolos, mitos, para alcanzar su cometido. Quienes se han dedicado a analizar la realidad política venezolana, relacionada con estos asuntos, hablan con preferencia de ideología, pero asociando ésta con una de sus connotaciones, la de falsa conciencia. Sin embargo, tal cual, como algunos analistas provenientes del marxismo heterodoxo, me refiero a Zizek y a Eagleton, la han analizado es ella una connotación muy acotada, al hacer referencia sólo a uno de los aspectos comprendido en ella. Quienes, basados en este significado, creen ver que los seguidores de las propuestas del chavismo lo hacen por mera manipulación y engaño se adentran en el mismo juego de creer que ideología implica sólo manipulación, engaño o seducción subliminal, de ahí que desde la perspectiva gubernamental y sus adláteres culturales difundieran la idea de disociados, hoy en desuso (¿será que algún impulso de su aparato psíquico les indica una posición afín y contenida en esa idea?). No obstante, es necesario agregar que, si desde un ámbito del poder estatal se difunden valores ideológicos, en el orden señalado, y logran cabida no sería más apropiado preguntarse ¿la aceptación de

esos valores no tendría que ver con un síntoma social representado en un grupo social que se identifica con él?

Bajo esta misma mirada en el texto de *Historia contemporánea de Venezuela* se aplica el concepto en paridad con este parentesco. En él es posible leer la consonancia de *meritocracia* con ideología como falsa conciencia. Resulta importante detenerse un instante en este texto porque es un libro distinto a los otros, al menos, en la manera de enfocar los contenidos. Primero, no hay coherencia en lo atinente a los ejes temáticos, tal como fue dividido entre sus componentes constitutivos. Si bien habla de eje agrícola y eje petrolero da un salto para explayarse en el llamado eje de la violencia. En este último se extiende a reseñar “masacres y exterminios” ocurridos en los cuarenta años de democracia representativa, en las que destacan únicamente Cantaura, Yumare y El Amparo, pero al no tener más insumos para continuar con el memorial de agravios dirige la mirada al Cono Sur de los años setenta. En segundo lugar, en el mismo se insiste que el “arma” de la historia es el tiempo, sin hacer conexión alguna de esto con acontecimientos, procesos, situaciones de la historia o lo denominado así en las líneas que lo componen, al lado de la insistencia por intentar conceptualizar la historia como un proceso recurrente sin un correlato definido y claro. En tercera instancia, resulta ser el texto con mayor intención que propende al olvido en aras de dar reconocimiento al proceso político chavista. Un ejemplo resulta al autor denominar “elefante blanco de la democracia representativa” al tributo petrolero conocido como fifty – fifty, decretado doce días antes de ser derrocado el presidente constitucional Rómulo Gallegos, el 24 de noviembre de 1948, sin agregar ningún comentario a una nueva reforma tributaria, la de 1958, cuando fungía como presidente de la Junta de Gobierno Edgar Sanabria y con la que se pechó a las corporaciones petroleras con un 60% a favor del Estado, mientras ellas disfrutarían de un 40% de la producción de hidrocarburos.

Si bien los libros restantes, considerados acá, tienen esta orientación (de abuso al olvido propiciado) más bien el propósito, alejado de toda sutileza, es el de dar cuerpo a otros referentes de identificación cultural con la representación de la afrodescendencia. Es necesario agregar, en este orden de ideas, que se puede aceptar el hecho cierto de ofrecer otros indicadores con la intención de afianzar un proyecto político. Pero lo suspicaz es que ello no se aclare a quienes va dirigido y menos a los colegas docentes cuando con estos textos se invita a trabajar en el aula de clases. Es propicio añadir que lo que en el mundo griego se denominó *anamnesis* o el acto de rememoración, cognitiva y práctica, se difundió con la finalidad de restituir la memoria. El olvido va de la mano con la memoria. Sin embargo, al olvido espontáneo se puede agregar la memoria bloqueada ya sea por trauma y que el yo individual la asume como mecanismo de defensa, también puede presentarse por dualidad del yo cuando deba personificar a dos individuos tal como se puede apreciar con Simone Sismondi y el abate Dalla Picola en *El cementerio de Praga* de Umberto Eco (2010).

Se puede hablar de historia como un proceso de anamnesis, o sea, traer al presente un pasado olvidado o desdeñado por distintos motivos, aunque esté presente y no se tenga plena conciencia de ello. Es lo que sucedió con las masacres perpetradas por nazis y durante el estalinismo, al momento de desaparecer sus perpetradores. Ese pasado por lo general sorprende a los mismos contemporáneos y colaboradores de quienes impulsan el

olvido. Sin embargo, el olvido parece necesario para el perdón y el duelo. Lo que no es el caso de los textos analizados hasta ahora porque lo que en ellos no aparece es, sin duda, premeditado, y con una finalidad ostensible de desmerecer lo que se asume diferente a lo emprendido a partir de 1998. La intención es de delinear una historia afín con un proyecto político. Por esto,

... para que la transmisión de la memoria – en cualquiera de sus modalidades - pueda colaborar a la construcción de la historia, tiene que vencer dos problemas principales: en primer lugar, el de la comunicación, puesto que la transmisión no sólo exige una acción positiva inicial, sino que supone también recepción y acogida, lo que implica voluntad de comprender el pasado y hacerle justicia. En segundo lugar, el de su relación con la verdad, como única forma de conjurar el peligro de una instrumentalización que la desvíe de sus fines propios (Remond, 2002: 72).

Se puede agregar que la lasitud de la memoria resulta de olvidos involuntarios, fantasías con las que llevamos nuestra existencia o sueños tenidos como la realidad misma. Realidad que experimentamos con símbolos. En fin, la memoria traiciona porque se recuerda lo que se desea olvidar, se olvida lo que se anhela recordar. Como lo he anotado líneas arriba la experiencia muestra que existe uso y abuso de la memoria, aunque también uso y abuso del olvido. Este puede ser transitorio durante el duelo o cuando la memoria es bloqueada, también cuando por diversos dispositivos se borra la historia con fines políticos. Instrumentar los contenidos de la historia con fines políticos significa de hecho la alteración de procesos, situaciones, acontecimientos. Los ejemplos más dramáticos se pueden constatar con Polt Pot y el Khmer Rojo, las masacres de Ruanda y lo acontecido en la ex Yugoslavia. El manejo interesado de la memoria histórica, con el propósito de alterar la historia, no tiene un efecto inmediato, es paulatino, sistemático, continuo, acumulativo, se presenta por instilación. De ahí su derivación letal en un futuro no muy remoto, tal como lo mostraron los casos señalados.

Todavía se debe agregar lo que se promueve como información fidedigna y que, a la luz de la historia erudita, resulta equívoco y receloso confirmar. Las aseveraciones que siguen es necesario contextualizarlas como una mirada marcada por el desconocimiento. De igual manera, pudiera hablarse de ingenuidad gnoseológica, aunque también de parcialidad sustentada en representaciones fantasmáticas del otro y creencias arraigadas con el tiempo. A partir de estas diferentes miradas se pudiera leer la siguiente sentencia: “El oro y la plata de América fueron a fortalecer el capitalismo europeo. La papa y otros productos agrícolas fueron a calmar el hambre de los pueblos europeos en los siglos XV y XVI” (Bracho Arcila, Ortega, Hurtado y Frías, 2012: 97). Como muestra de ingenuidad gnoseológica y, esencialmente, epistemológica se asegura que: “Los buques de la Compañía Guipuzcoana eran llamados ‘los navíos de la Ilustración’, porque transportaban los libros y las personas que se identificaban con estas ideas” (Diamon Oropeza, Maldonado Oropeza, Rivero Infante y Rodríguez Henríquez, 2012: 48). Asimismo, en relación con la “época de las luces” se asevera: “Los filósofos reunieron todas las ideas de esa época en varios libros... A esos libros se les llamó Enciclopedia...” (Diamon Oropeza, Maldonado Oropeza, Rivero Infante y Rodríguez Henríquez, 2012: 44). Como adición es de imponderable valor agregar que estas tesis aparecen en secciones denominadas *Entérate*, con lo que cobran mayor

relevancia a la hora de ser inducidas en la memoria histórica porque su función es la de reforzar lo que en párrafos hilvanados alrededor de un tema se desarrolla.

Por otro lado, con el derrumbe del imperio soviético se creyó que comenzaría una nueva época de esperanza democrática y superación de tendencias políticas inclinadas al absolutismo y al totalitarismo. La historia muestra, de nuevo, que una cosa es lo que se piensa otra lo que la experiencia muestra. Más bien en varios lugares del mundo se ha extendido el fundamentalismo religioso y el integrismo tribal y cultural. En el entendido que tribalismo no tiene nada que ver con agrupaciones premodernas africanas, tal como muchos pretenden hacer creer. Tiene que ver con un “nosotros” como comunidad compuesta de características compartidas distintas de otra comunidad. La nación o comunidad nacional puede ser obra de una comunidad tribal, aunque las naciones muestran un origen étnico heterogéneo, para su asimilación como unidad territorial y cultural hace uso de dispositivos para intentar superar la heterogeneidad, que no siempre resultan inclusivos. Lo que comúnmente se llama identidad se relaciona con referentes de identificación a esta comunidad. Para lograr este cometido la historia y la memoria resultan perentorias.

La identidad tribal o nacional, lo mismo que la personal, se construye en parte por medio de un relato sobre el pasado. El relato que se utiliza para modelar la conciencia nacional también puede agudizar los conflictos (Glover, 2001: 205).

Lo anotado sirve de marco para poder situar los textos de la colección Bicentenario dentro de una configuración en que el integrismo cultural se hermana con un proceder político, el que se oferta como inédito. El rol que juega en él la memoria no es la de simple memorización de nombres, fechas, lugares. Se trata, más bien, de lo que por instilación se va grabando en ella. Se sabe que la enseñanza de la historia o lo contemplado como tal se estampa en la memoria histórica cuyo cometido va a la par con nuevas identificaciones, reinención o invención de tradiciones. Lo que se experimenta como memoria se visualiza por imágenes y representaciones, éstas poseen como cualidad la disponibilidad y la posibilidad de ser activadas de acuerdo con requerimientos actuales. Por añadidura, se encuentra el olvido que resulta imponderable asociarlo con desconocimiento de acuerdo con lo que propuso, estudió y analizó Ricoeur (2006).

Según lo estudiado por este analista francés, se puede argüir que el desconocimiento se presenta en dos vertientes, no ajenas la una de la otra. Por una parte, se puede explicitar con el olvido premeditado. Siendo así lo que la memoria obligante y abuso de la memoria concita debe tener como lectura una intención clara de imposición de representación. El hecho mismo de desconocer al otro, en sus derechos o representación historiográfica, es un giro de imparcialidad y manejo de la historia con fines adscritos a una forma de hacer política. ¿Acaso obviar, por ejemplo, los problemas fronterizos de Venezuela con sus vecinos, la imagen de las trece colonias del norte, entre los primeros venezolanos, como un modelo político viable, republicano y liberal, o las realizaciones sociales, políticas y económicas durante el período 1958-1998 resuelven hoy el significado de democracia que pudiera tener en la memoria colectiva el venezolano? Se ha puesto como ejemplo lo que ejecutó el estalinismo con la imagen de Trotsky, Kamenev y Rykov dentro de los manuales de enseñanza de la historia en la antigua Unión Soviética, con el propósito de confinarlos al

olvido total (Ferro, 1995: 226-233). Se trata de una forma de desconocimiento que contrasta con el que se presenta por limitaciones cognitivas.

En fin, la historia que se exhibe en la colección Bicentenario se conecta con un proyecto político, asumido de manera consciente. Además de complaciente con formas absolutistas de ejercicio político, lo que desdice la pregonada tesis según la cual el venezolano reconoce la democracia por el igualitarismo proveniente de la frustrada guerra federal. Aunque frustrada yace o yacía potencialmente extensible con un líder que la ejecutara. Asunto que, obligadamente, lleva a consideraciones más allá de la historia porque requiere de estudios del aparato psíquico en combinación con la memoria histórica y el tejido social histórico no muy del gusto de los historiadores de la política y del militarismo.

Por tanto, los olvidos deben centrarse en el desconocimiento premeditado, sin prestar importancia a quienes van dirigidos los textos y la recepción de un tipo de información inclinada hacia la negación del otro. Pomposamente, la nueva elite política y sus adláteres difunden la idea según la cual la revolución bolivariana se basa en el humanismo, la inclusión, la interculturalidad y la pluriculturalidad. Quien lea lo que apretadamente presenté en líneas precedentes no puede menos que caer en una actitud dubitativa y recelosa en lo referente a este plan. No bastan, como creen muchos, evocaciones preñadas de promesas porque resultan meros emblemas. El integrismo cultural puede ser leído como una forma de parroquialismo historiográfico cuya mejor expresión es el particularismo cultural. En lo que respecta al debate alrededor de las nociones particular universal el primero ha sido axial. De ahí que se haya propuesto el reconocimiento de las voces de los grupos dominados e ignorados por la historiografía, disposiciones potenciadas con los procesos de descolonización en África y Asia después de la guerra culminada en 1945. En consecuencia, resulta que "... está la tarea más ardua de demostrar en qué forma la incorporación de las experiencias de esos grupos es fundamental para alcanzar un conocimiento objetivo de los procesos sociales" (Wallerstein, 2006: 95).

Esta referencia puede servir en descargo de lo expuesto en la colección que analizo. Aunque resulta imperativo resaltar lo respetable de estudiar y analizar la figura del excluido a lo largo de la historia. Lo que no lo parece es excluir a otros en aras de incluir a un excluido. No es ético, sin más. El objetivo axial del martiniqueño Frantz Fanon con su tesis *Piel negra, máscaras blancas* (1952) fue restituir al negro desde su existencia vital en la negritud. Fue la de concitar una relación equilibrada entre el blanco colonizador y el negro colonizado. De ningún modo llamó al desconocimiento, imitación o persecución, menos a la aflicción por inferioridad. Sus reflexiones resuenan hoy, cuando la intolerancia desvía todo entendimiento y se borran las fronteras de la ética con el rigor científico. Especialmente, entre quienes se ufanan como esperanza mundial y ejemplo humanista del futuro. ¿Puede haber expectativa sana frente a otro silenciado y sometido en el seno de la misma comunidad? O mejor, ¿quiénes sin empacho se muestran inferiores de manera intencionada por condición histórica?

Posiblemente, la cita con la que deseo cerrar estas apretadas reflexiones den respuesta a esta interrogante: "El pasado puede perdurar como resentimiento para dar soporte a la espiral de odio tribal de las narraciones históricas y la memoria personal..."

(Glover, 2001: 558). La adscripción al resentimiento conduce inevitablemente al pasado. La experiencia sirve de base para mostrar iniquidades y con ello desviar la historia por el camino de la justificación de acciones actuales. El trato de lo sucedido se ejecuta con imperativos preconcebidos más que con lo que las evidencias históricas permiten. De ahí a caer en olvido y manipulación cuya separación es milimétrica. Si de construir un mundo distinto se trata resulta imposible lograrlo con las mismas armas de exclusión y la negación del otro, con las que históricamente fue sometido el subalternado.

5. REFERENCIAS

- Acosta, C. (1982). “Lo que debe entenderse por ‘pueblo’”. En: *Obras completas*. Caracas. La Casa de Bello. Pp. 56-69. Tomo I.
- Arendt, H. (1996). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Barcelona – España. Ediciones Península.
- Arendt, H. (1998). *Sobre la revolución*. Madrid. Alianza Editorial.
- Bermudez Sculpi, M. y Frías Durán, N. (2012). *Patria y ciudadanía. Primer año. Nivel de Educación Media*. Caracas. Ministerio del Poder Popular para la Educación.
- Bolívar, S. (1982). “Discurso de Angostura”. En: Francisco Pividial (1982). *Simón Bolívar. La vigencia de su pensamiento*. La Habana. Casa de las Américas. Pp. 104-127.
- Bracho Arcila, A., Ortega, D. y Hurtado, M. H. (2012). *Historia de la humanidad. Segundo año. Nivel Educación Media*. Caracas. Ministerio del Poder Popular para la Educación.
- Bracho Arcila, A., Ortega, D. y Hurtado, M. H. y Frías, N. (2012). *Historia de Venezuela y de Nuestramérica*. Caracas. Ministerio del Poder Popular para la Educación.
- Bobbio, N. (1995). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. 4ª edición. Madrid. Santillana, Taurus.
- Boorstin, D. (Compiladora, 2001). *Los descubridores*. Barcelona – España. Editorial Crítica.
- Brito Figueroa, F. (1981). *Tiempo de Ezequiel Zamora*. 5ª edición. Caracas. UCV-EBVC.
- Caceres, R. (2001). *Rutas de la esclavitud en África y América Latina*. San José – Costa Rica. Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Diamon Oropeza, J., Maldonado Oropeza, J., Rivero Infante, K. y Rodríguez Henríquez, Y. (2012). *Bolívar: tiempo y vigencia del hombre de las dificultades. Tercer año. Nivel de Educación Media*. Caracas. Ministerio del Poder Popular para la Educación.
- Eagleton, T. (2005). *Ideología. Una introducción*. Barcelona – España. Editorial Paidós.
- Eco, U. (2010). *El cementerio de Praga*. Caracas. Lumen / Futura.
- Fanon, F. (2009). *Piel negra, máscaras blancas*. Madrid. Ediciones Akal.
- Ferro, M. (1995). *Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Frazier, A. (1982). *Relación del viaje por el mar del sur*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.

- Gargano, A. M., García, E. y Socorro, J. (2012). *El espacio geográfico de la humanidad. Primer año. Nivel Educación Media*. Caracas. Ministerio del Poder Popular para la Educación.
- Glover, J. (2001). *Humanidad e inhumanidad. Una historia moral del siglo XX*. Madrid. Ediciones Cátedra.
- Gumilla, J. (1993). *El Orinoco ilustrado y defendido*. 2ª edición. Caracas. Academia Nacional de la Historia.
- Irazabal, C. (1974). *Venezuela esclava y feudal. Episodios de la historia de Venezuela (Ensayos de interpretación dialéctica)*. 2ª edición. Caracas. José Agustín Catalá, editor.
- Irazabal, C. (1979). *Hacia la democracia. Contribución al estudio de la historia económico – político – social de Venezuela*. 4ª edición. Caracas. Editorial Ateneo de Caracas.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (2002). *La invención de la tradición*. Barcelona – España. Editorial Crítica.
- Humboldt, A. de. (1941). *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*. Caracas. Escuela Técnica Industrial.
- Langue, F.. (2012). “Levántate Simón, que no es tiempo de morir. Reinención del Libertador e historia oficial en Venezuela”. En: Alejandro Cardozo Uzcátegui (Editor, 2012). *Chavismo: entre la utopía y la pesadilla*. Mérida – Venezuela. Editorial Venezolana. Pp. 171-197.
- Ortiz, F. (1987). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas. Biblioteca Ayacucho.
- Perez Arcay, J. (1977). *La guerra federal. Consecuencias (Tiempo de geopolítica)*. 3ª edición. Caracas. Oficina Central de Información.
- Pernalete Túa, C. (2011). “El mito del bravo pueblo”. En: Inés Quintero (Coordinadora, 2011). *El relato invariable. Independencia, mito y nación*. Caracas. Editorial Alfa. Pp. 57-93.
- Ramos Jiménez, A. (2009). *El experimento bolivariano. Liderazgo, partidos y elecciones*. Mérida – Venezuela. ULA – CIPCOM.
- Remond, R. (2002). La transmisión de la memoria. En: Françoise Barret – Ducrot (Director) (2002). *¿Por qué recordar?* Barcelona – España. Granica. Pp. 69-72.
- Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración*. México. Siglo XXI Editores. 3 volúmenes.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- Ricoeur, P. (2006). *Caminos del reconocimiento. Tres estudios*. México. Fondo de Cultura Económica.
- Rousseau, J. J. (2006). *Emilio o de la educación*. Bogotá. Ediciones Universales.
- Sanz, Miguel José. (1810). *Semanario de Caracas*. Caracas. Diciembre 23. No. VIII. Pp. 57-60.
- Sartori, G.. (2008). *Elementos de teoría política*. Madrid. Alianza editorial.

- Siso Martínez, J. M. y Bartoli, H. (1966). *Historia de mi patria. Texto escolar para los alumnos del quinto grado de la escuela primaria*. Caracas. Editorial Yocoima.
- Taylor, C. (1996). *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*. Barcelona – España. Editorial Paidós.
- Todorov, T. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona – España. Editorial Paidós.
- Villalba, F. (2012). *Historia de Venezuela Contemporánea. Cuarto año. Nivel de Educación Media*. Caracas. Ministerio del Poder Popular para la Educación.
- Wallerstein, I. (Coordinador) (2006). *Abrir las ciencias sociales. Comisión Gulbelkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. 9ª edición. México. Siglo XXI Editores.
- Yates, F. (1966). *El arte de la memoria*. Madrid. Editorial Taurus.
- Zisek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Argentina. Siglo XXI Editores.

Jorge Bracho. Profesor de Historia y Ciencias Sociales (UPEL). Magister en Enseñanza de la Historia (UPEL). Doctor en Cultura y Artes (UPEL). Profesor jubilado del UPEL – IPC, donde ocupó la jefatura del departamento de geografía e historia. Actualmente ejerce la docencia, en post grado y pregrado, en la UCAB. Autor de distintos artículos en revistas nacionales y extranjeras. Autor de los textos: La historia universal y el despliegue occidental (coordinador), Globalización, regionalismo, Integración, lo que de la nación nos queda y liberalismo e Independencia en Venezuela, La creación imaginaria de una realidad (en proceso de publicación). Fue investigador del CELARG (1995-2001). Coordinador del Consejo de redacción de la Revista Tierra Firme y director de la Revista Tiempo y Espacio.